

Hilda Farfante y Covadonga Pérez, dos vidas dedicadas a la educación



Hilda Farfante



Covadonga Pérez

La sección Patrimonio de la Escuela incorpora en este número un componente fundamental de nuestro patrimonio educativo que no tiene carácter material pero constituye su eje vertebrador. Se trata de la memoria de sus maestros y maestras, que atesora conocimientos, vivencias y sentimientos que son el corazón de la Historia de la educación española.

En este caso contamos con el testimonio de dos maestras, Covadonga Pérez e Hilda Farfante, que por su edad han vivido la evolución de la escuela española desde el inicio de los años treinta del siglo XX. Han sido testigos y protagonistas de los cambios experimentados por la educación y por la sociedad española y han conocido distintas pautas para la formación del profesorado.

Hilda y Covadonga tienen muchas afinidades. Ambas son hijas de maestros e iniciaron su escolarización en una escuela rural. Más tarde estudiaron en una capital de provincia y ejercieron la docencia primero en pequeñas escuelas rurales y más tarde en Madrid. Ambas fueron directoras de un centro escolar. Y, especialmente, compañeras y amigas sobre las que pesaba el doloroso diálogo del silencio de un triste pasado que solamente pudieron verbalizar después de una larga convivencia: sus padres, maestros republicanos, fueron fusilados¹. *Participación Educativa* quiere contribuir, si bien modestamente, al rescate de la memoria y de la dignidad de los maestros y maestras represaliados con el afán de lograr que la comunidad educativa sea siempre un agente que propicie el aprendizaje activo del diálogo y la convivencia en armonía aunque exista la discrepancia ideológica.

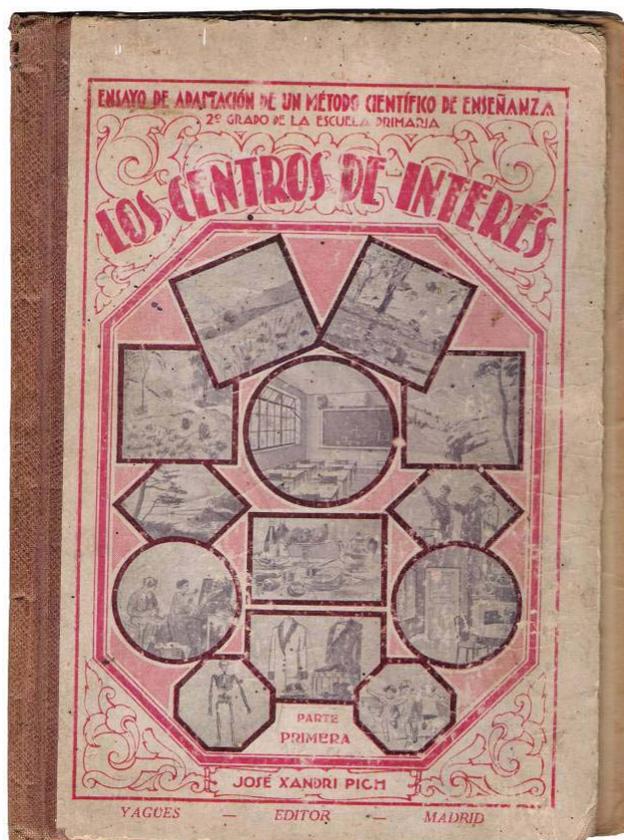
Participación educativa

¹ Véase IGLESIAS, M^a Antonia: *Maestros de la República. Los otros santos. Los otros mártires*, Madrid 2006.

¿Qué recuerdos tiene de la escuela rural unitaria en la que realizó sus primeros estudios?

H.F. Nací en una escuela rural. Viví y crecí en ella durante 5 años hasta 1.936. Los recuerdos que tengo son muy pocos, algunos muy alegres con mi madre en clase, cantando y regando flores.

C.P. Recuerdos infantiles. A la escuela iba con mi padre, maestro de una escuela mixta. Lo primero que hacía mi padre era atender a los mayores, leyendo en voz alta el *Quijote* o *Corazón de Amicis*. Toda la clase escuchaba, incluido el comentario que seguía. Después distribuía a los lectores, como maestros, para enseñar a los más pequeños. Les entregaba un guión con los trabajos y ejercicios que debían realizar. A mi sección le correspondía utilizar el encerado para conocer las letras y números. También debíamos copiarlas en nuestra cartilla. A los que estaban aprendiendo las grafías les llevábamos de la mano para que aprendiesen bien los rasgos correspondientes. Con los mayores trabajaba mucho la Lengua, escribían al dictado y subrayaban nombres, adjetivos y verbos para conjugarlos después, Matemáticas y Geografía. Mi padre manejaba un libro titulado *Centros de interés, ensayo de adaptación de un método científico de enseñanza*.



Portada de "Centros de interés".

¿Cómo era el plan de estudios de bachillerato y de magisterio que cursó en una capital de provincia?

H. F. Cursé mis estudios de Magisterio por libre en Oviedo. Empecé en 1945 y los terminé en 1948 en Madrid. El plan de estudios era el que se llamaba Plan Cultural (4 años sin más preparación) que era igual que el Plan 14 que la República había cambiado por su plan profesional hacía más de 15 años.

C.P. Cursé mis estudios en tres capitales de provincia: Salamanca, Zamora y Burgos. Los primeros cursos de Bachillerato me los preparaba mi padre, siguiendo el programa oficial de cada asignatura. La asignatura de Historia y Labores me la daba una maestra, compañera de mi padre. Me examinaba como alumna libre hasta cuarto curso que lo hice como alumna oficial en el Instituto Claudio Moyano de Zamora. Había empezado a preparar el ingreso en la Normal, según el Plan de Magisterio, Plan 14. Se entraba en la Normal con 14 años, se cursaban cuatro cursos y a los 18 ya podías ejercer de maestro. El gobierno de la República modificó este plan de enseñanza y estableció el ingreso oposición para acceder a la Escuela Normal. Para ello se debían haber cursado los seis cursos de bachillerato y un examen de acceso a la Normal. El recuerdo que me queda de la didáctica que utilizaban los profesores es el del seguimiento individual que hacían de nuestro aprendizaje. Todos los días nos tomaban la lección de lo explicado el día anterior y nos calificaban. Esto suponía que no hacían exámenes finales y la calificación final la sacaban de las notas obtenidas en el curso. Si algún alumno no estaba de acuerdo con la nota otorgada se le examinaba oralmente. De las asignaturas recuerdo: Fisiología e Higiene, Ciencias Naturales (Geología y Botánica), Álgebra y Trigonometría, Preceptiva literaria, Física, Latín, Francés, Dibujo lineal, Ética y Derecho, Agricultura, Historia y Geografía, Psicología. Guardo un grato recuerdo de los profesores, todos eran magníficos.

Al terminar el Bachillerato debería haber hecho el ingreso en la Normal, pero ese mismo verano estalló la guerra. Los estudios de Magisterio los hice en Burgos en el año 1943, donde me encontraba trabajando en una empresa. Estaba suscrita a El Magisterio español y en él vi una convocatoria para hacer un curso de cinco meses con las asignaturas siguientes: Pedagogía, Historia de la pedagogía, Religión y Moral e Historia Sagrada, Prácticas de enseñanza en escuelas del Estado, Música y Labores. Este cursillo era para los que teníamos el título de Bachiller Superior. Una vez aprobado el curso obteníamos el título de Maestra/o en Primera Enseñanza. De los profesores de este cursillo guardo un grato recuerdo del de Pedagogía y de la profesora de Prácticas.

¿Cómo se reflejaba en las escuelas e institutos el afán educador de la II República en la formación de los futuros maestros, en los materiales didácticos y en los métodos pedagógicos?

H.F. No los he vivido.

C.P. Se reflejó en la formación del profesorado, con el Plan que antes mencioné. También en las ayudas que recibieron los Ayuntamientos para construir edificios dignos con aulas

acogedoras. En la subida del sueldo de los maestros, mi padre pasó de cobrar 3.000 pesetas al año, a cobrar 4.000. A las escuelas llegaron más libros intentando que cada niño tuviera su libro de lectura. Antes en el del maestro leían todos. Y en los padres se despertó la ilusión de que sus hijos tuvieran cultura aunque siguieran cultivando la tierra.

¿Tuvo dificultades para acceder a una plaza de maestra una vez concluida la guerra civil?

H.F. Cuando terminó la guerra civil yo tenía 8 años. Hice las oposiciones al Magisterio en 1953 en Madrid. Nadie me conocía, ni se sabía la historia de mi familia. No tuve dificultades.

C.P. Para ejercer como interina no tuve ningún problema, bien es verdad que estuve en los pueblos que no quería nadie. Para ser propietaria de una escuela del Estado tenía que hacer oposiciones. Lo intenté tres veces. Las dos primeras en León, en los años 1950 y 1951, allí no sería conocida como hija de un maestro fusilado, y la última en Zamora. La oposición había que solicitarla y acompañar la solicitud de un certificado de buena conducta de la Guardia Civil, del Párroco y del Alcalde, y en ausencia de este, de algún vecino del pueblo, y otro de Falange. Este último no me lo dieron, lo mandaron directamente al tribunal de la oposición, lo pude ver al retirar la documentación. Era negativo. La oposición la saqué al tercer intento. En Zamora, en 1952.

Usted ha ejercido la docencia en el medio rural, capital de provincia y en Madrid ¿Qué diferencias existen entre unas escuelas y otras?

H.F. La Serna del Monte y Serranillos del Valle fueron mis experiencias en el medio rural. Después Madrid capital por oposiciones a poblaciones de más de 10.000 habitantes. El medio rural de la provincia de Madrid estaba atrasadísimo, con alumnos casi en la miseria, sin aspiración alguna. Los maestros no estaban nada considerados. A mí (joven y presumida) me decían “de qué presumes, los hijos del anterior maestro buscaban las espigas que se nos caían cuando recogíamos el trigo”. En Madrid en 1962, en la escuela del Barrio del Lucero la situación no era mucho mejor. Había que empujar muchísimo a los niños y sobre todo a las niñas para que estudiaran algo. Eran familias muy humildes y muy calladas. Yo diría que no había mucha diferencia entonces entre las escuelas del medio rural y de las graduadas de los barrios de una capital.

C.P. He ejercido en escuelas unitarias rurales, en la escuela Aneja de la Normal de Palencia y en Madrid. La diferencias en la escuela son idénticas a las de sociedad. Hay alumnas magníficas y otras no tanto. En la escuela unitaria trabajas sola, en la Aneja de Palencia al ser graduada debía seguir las directrices de la Gerente, directora. Por cierto, todas con tinte religioso. En Madrid estuve en varias escuelas graduadas. La diferencia entre las unitarias y las graduadas se nota, sobre todo, en que en las últimas las alumnas vienen ya clasificadas y que cuentas con la colaboración de los compañeros.

¿Había muchas diferencias entre la escuela en la que usted estudió y en la que más tarde enseñó?

H.F. Entre la que yo estudié (inmediata posguerra) y la que ejercí 20 años después no había muchas diferencias. Dependía totalmente de la vocación y la preparación del maestro.

C.P. En mi mente quedó gravado el sistema que mi padre empleaba y me ayudó mucho el libro que él manejaba: Los centros de interés. Las diferencias las aprecié en los últimos años, en las instalaciones, los equipamientos...

La Ley de 1970 introdujo cambios sustanciales en la enseñanza primaria ¿Cómo vivió esos cambios?

H. F. Los cambios a partir de la Constitución y la Ley del 70 abrían como un camino pero era muy difícil separar la maleza. Yo era directora en Madrid, en aquella escuela del Barrio del Lucero donde había ejercido de maestra (hice las oposiciones al Cuerpo de Directores Escolares en 1965) y gracias a que éramos un grupo de personas muy compenetradas pudimos hacer algo.

C.P. Los cambios no me parecieron preocupantes. En la escuela en que ejercía, en el colegio, había maestras jóvenes con título universitario y maestras de más edad, procedentes del Plan Profesional de la República y del Bachillerato. Estábamos, pues, preparadas para sustituir a los profesores de los primeros años de Bachillerato. No obstante, tuvimos que hacer un curso de adaptación. Yo lo hice para 5º de EGB.

Usted ha sido directora de un centro escolar en Madrid. ¿Cuáles fueron sus logros más apreciados? ¿Qué hubiese querido hacer y no pudo?

H.F. Para mí el logro más importante fue conseguir que la participación de la sociedad en la escuela (padres, alumnos) se hiciera realidad y sin problemas de ninguna clase. En aquellos momentos era muy difícil, tanto por las exigencias sociales como por la cerrazón de las escuelas. También implantar la coeducación y prohibir que se siguiera cantando el "Cara al sol" en Escuelas Aguirre donde entré de directora en 1981 (sí, en 1981...) fueron logros muy fáciles... ¡¡¡pero tan satisfactorios!!! Me hubiera gustado conseguir que los maestros trabajaran más en equipo.

C.P. Fui directora durante muy poco tiempo. Lo fui por elección, cuando se jubiló la directora que había en el colegio. Era directora por oposición y maestra del Plan Profesional. Muy competente y no dejó problemas para la buena marcha del colegio. Continué su labor, pero estuve poco tiempo, pues ya tenía 65 años cumplidos y, al adelantarse la edad de jubilación, me jubilaron forzosa.

Desde su situación de jubilada ¿recomendaría a los jóvenes de hoy el ejercicio del magisterio? ¿cree que el maestro y la maestra son un modelo de referencia para sus alumnos? ¿cree que influyen positivamente en la sociedad?

H.F. Sí. Debieran intentarlo. Sí.

C.P. Mis recuerdos más cariñosos están en mi profesión, disfrutaba enseñando. La maestra es el mejor modelo para las niñas. Claro que recomendaría esta profesión, es una de las profesiones más dignas ■